

LA FE CRISTIANA COMO FUERZA DE LIBERACIÓN HISTÓRICA EN EL SALVADOR

*Ángel Adalberto JUÁREZ RODRÍGUEZ**

Recibido el 14 de marzo de 2017; aceptado el 22 de julio de 2017

Abstract

This document analyzes succinctly the gradual transformation of the historical role of the Catholic Church in El Salvador social struggles, from the arrival of Mons. Luis Chávez (1938-1977) as Archbishop. The creation of structures and ecclesial movements were a part of the socio-historical processes in El Salvador in the 70's and the 80's of the XX century. The incorporation of a large number of Christian Catholics as social and historic individuals and promoters of political and economic change were animated by an unprecedented Pastoral platform of the Catholic Church. Christians responded in a revolutionary way to the unfair reality with a deep faith in a God, who accompanied them in the construction and defense of their own history, their own liberation, in cooperation with non-Christians and non-believers.

Key words: *Human being, God, Church, El Salvador, Faith, pastoral, repression, political organizations, liberation.*

Resumen

El presente artículo analiza sucintamente, la transformación paulatina del rol histórico de la Iglesia Católica en luchas sociales a partir de la llegada de

* Licenciado en Filosofía y maestro en Estudios Latinoamericanos, doctorante en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional autónoma de México (UNAM). Miembro del proyecto número IN400717, "La modernidad alternativa radical en nuestra América", DGAPA/PAPIIT/CIAL/UNAM.

Monseñor Luis Chávez (1938-1977) como arzobispo de San Salvador. En el marco del proceso histórico-social de El Salvador de las décadas de los setenta y ochenta del siglo XX, tuvo lugar la creación de estructuras y movimientos eclesiales, la incorporación de un gran número de cristianos católicos como sujetos sociales e históricos y promotores del cambio político-económico; todo ello animado por una plataforma Pastoral inédita de la Iglesia Católica. Fueron ellos cristianos que respondieron de forma revolucionaria a la injusta realidad desde la profunda convicción de su fe en un Dios que los acompañaba en la construcción y defensa de la propia historia, de su propia liberación, en cooperación con no-cristianos y no-creyentes.

Palabras clave. *Ser humano, Dios, Jesucristo, Iglesia, El Salvador, fe, pastoral, represión, organizaciones políticas, liberación.*

Introducción

El problema religioso crea una gran tensión que requiere una constante investigación sobre su situación real en un determinado lugar y momento histórico, así como su proceso dialéctico entre tradicionalismo y cambio, jerarquía y pueblo, resignación y rebeldía, institución y revolución, utopía e historia, fe y acción política, vida y muerte.

Marco de la realidad histórica

Subrayo que en las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX (aunque realmente siempre ha sido así), en El Salvador la inmensa mayoría de la población sobrevivía en extrema pobreza, sujeta a una cruel represión gubernamental, en una violencia institucionalizada generadora de otras violencias, expresadas en injusticias, desigualdades, frustración, miserias, exclusión etc. Fue esta situación uno de los principales factores que condujeron a la Iglesia Católica a transformar su identidad religiosa y por tanto, su presencia pastoral en el país.

Así mismo, no fue la ideología marxista, comunista o socialista —como tan ferozmente la oligarquía salvadoreña bombardeaba propagandísticamente por todos los medios a la población—, la causa última de las condiciones en que vivía el pueblo salvadoreño; sino el capitalismo historicado en las injustas estructuras sociales que priorizaba el capital al trabajo, la ganancia

a la dignidad humana, el Estado sobre la persona; llevado a límites tan intolerables como contradictorios, que desembocaron en la violencia revolucionaria. Es de muchos sabido,¹ que fue el clero católico, —no los cubanos, ni los grupos marxistas—, decisivo durante la década de los sesenta, a través de la implementación de una reorientación de sus estructuras, asociaciones y movimientos religiosos eclesiales lo que llevó a la promoción de organizaciones de solidaridad entre los campesinos, predecesoras de las grandes organizaciones político-populares una década más tarde, como se verá más adelante.

La Iglesia Católica en El Salvador

La Pastoral es la acción llevada a cabo por los agentes de la Iglesia Católica, entendida como Pueblo de Dios y no como la jerarquía, para realizar su misión primordial e intrínseca que es la construcción del Reino de Dios. Este cuerpo está conformado por el conjunto de los cristianos católicos, ordenados (obispo, sacerdotes y diáconos) y no-ordenados (laicas, laicos, religiosas), como pastores que acompañan en todos los aspectos existenciales al pueblo, en un contexto geográfico e histórico determinado.

Este es un breve recuento de un largo proceso eclesiológico, o sea, del nacimiento de una nueva manera de creer, pensar y ser Iglesia, de una eclesiogénesis en El Salvador.

La jerarquía de la Iglesia centroamericana a lo largo de la primera mitad del siglo XX, se caracterizó por el apoyo de la mayoría² de sus miembros al modelo socio-económico político impulsado por la clase dominante. Sin embargo, siempre ha habido en su historia, una minoría de miembros de la jerarquía que se solidarizaron con la clase empobrecida —de donde realmente procedían— a causa de un continuo, intenso y brutal proceso de despojo de sus tierras, eliminación de las comunidades indígenas y el sometimiento del trabajo agrícola por parte de la oligarquía cafetalera. Este

¹ Michael Mc Clintock, *The American Connection. State Terror and resistance in El Salvador and Guatemala*, Ed. Zed Books, 2 vol., Londres, 1985, p. 150.

² Thomas Anderson, *El Salvador, 1932: los sucesos políticos*, [Título original: *El Salvador's Communist Revolt of 1932*], Dirección de Publicaciones e Impresos, 2001 [1971], San Salvador, 2001 [1971], pp. 255-256.

clero, —llamado ahora “progresista”—, trabajó intensamente en organizar y defender a la feligresía mayoritariamente campesina de sus parroquias.

Thomas Anderson mostró que en 1923 el presidente Quiñonez Molina exigió a la autoridad eclesiástica la remoción de varios párrocos, como el de Izalco, Salvador Castillo y el de Guazapa, Félix Sandoval, acusados de dedicarse a cuestiones ajenas a su ministerio, al organizar a los campesinos en su promoción, así mismo el sacerdote Gilberto Claros, profesor de la Universidad de El Salvador, fue expulsado del país en 1924.

En 1938 llegó al arzobispado de San Salvador, Monseñor Luis Chávez y González (1938-1977), personaje muy importante en los acontecimientos históricos de El Salvador, por su accionar doctrinal y pastoral, las cuales se adelantaron en muchas cuestiones fundamentales, que posteriormente adoptaría el mismo Concilio Vaticano II.

En 1943 se implementó la Acción Católica (AC) de matriz europea, en las parroquias de San Salvador, extendiéndose paulatinamente al resto del país. La Acción Católica se organizaba de acuerdo al sujeto con el que trabajaba: varones, mujeres, juventud, obreros, campesinos, etc. Así se formó la Acción Católica Juvenil (ACJ), la Acción Católica Universitaria (ACUS), la Juventud Obrera Católica (JOC), etc. Un grupo de jóvenes, integrantes de la Acción Católica Universitaria (ACUS), incursionó en la política partidista, formando en 1960 el **Partido Demócrata Cristiano (PDC)**, de ideología humanista-cristiana, el cual, aunque fue una iniciativa de los laicos, no puede negarse su relación con la jerarquía Católica.

En 1962, el Papa Juan XXIII, expresó antes de la inauguración del Concilio Vaticano II, al que asistió el arzobispo, Monseñor Chávez, que los pobres no eran un tema más de los que iba a tratar la reunión de obispos de todo el mundo, sino que era el tema del Concilio: “Para los países subdesarrollados la Iglesia se presenta como es y cómo quiere ser, como Iglesia de todos, en particular como la Iglesia de los pobres”.³

En 1964 en la Universidad de El Salvador a iniciativa de la ACUS, surge **la Federación Revolucionaria de Universitarios Social Cristianos**

³ Papa Juan XXIII, “Radio mensaje de su Santidad, un mes antes de la apertura del Concilio Vaticano II”, el 11 de septiembre de 1962, *AAS* 54 (1962) 678; *Discorsi-Messaggi-Colloqui del Santo Padre Giovanni XXIII*, vol. IV, pp. 520-528. Cf en <http://www2.vatican.va/content/john-xxiii/es/messages/pont_messages/1962/documents/hfj-xxiii_mes_19620911_ecumenical-council.html>, consultado el 10 de junio de 2016.

(FRUSC), con la finalidad de hacer trabajo de análisis sociales y publicaciones; así mismo, entabló relaciones internacionales con movimientos sociales latinoamericanos.

San Miguelito y Choluteca

Es de señalar dos experiencias externas de gran influencia en la Pastoral de la Iglesia Salvadoreña. La llevada a cabo en San Miguelito, Panamá, y Choluteca, Honduras.

En 1963, la parroquia de **San Miguelito**, situada al norte de la ciudad de Panamá, un equipo de sacerdotes, religiosas y laicos estadounidenses invita a la población a reflexionar la Biblia a la par con los problemas cotidianos, formándose la llamada **Familia de Dios**. Esta nueva evangelización integraba concientización y promoción social a través de la metodología de acción comunitaria, dando énfasis a la formación e incorporación de los laicos en una pastoral popular y desclericalizada en la que llegaron a participar más 4 mil adultos, agentes de pastoral, habitantes pobres que fueron adquiriendo conciencia de su situación social, de su capacidad de organizarse, de practicar el diálogo como vehículo de acercamiento, comprensión, confianza y acuerdos; a unirse y encontrar soluciones colectivas a su situación de marginalidad. Estas fueron las principales características de toda la Pastoral no solo de Panamá, sino de otros países latinoamericanos.⁴

En 1965 fue creado en San Miguelito el Instituto de Pastoral para la formación de agentes (sacerdotes, religiosas y laicos) y desde este modelo de pastoral para toda nuestra América.

Otra experiencia que influyó en la pastoral salvadoreña fue la llevada a cabo por la Iglesia Católica de Honduras, la cual en 1959 comenzó un proyecto pastoral llamado “Santa Misión Popular” que tenía como objetivo acercarse a los barrios y pueblos e invitarlos a las actividades religiosas de las parroquias, y en la Semana Santa de 1966, ante la escasez de sacerdotes, el obispo de la diócesis de Choluteca, Monseñor Marcelo Gerin y su clero, enviaron a 17 laicos, integrantes de la organización religiosa llamada los

⁴ Cfr. Andrés Opazo Bernales, *Panamá. La Iglesia y la lucha de los pobres*, Publicación del Departamento Ecuménico de Investigación (DEI), San José, Costa Rica, 1988, p. 87.

“Celadores”, a pequeñas poblaciones campesinas como Celebradores de la Palabra de Dios (CPD).

Esta experiencia de una Iglesia dirigida y celebrada por los laicos trajo innumerables efectos, uno de ellos fue que el pueblo reunido en torno a la Palabra comenzó a recuperar también su Palabra, ésta que muestra el modo de ser propio. *La Biblia* fue reflexionada a partir de los acontecimientos de sus vidas como campesinos pobres. Este proceso llevó a la jerarquía a instituir a los Delegados de la Palabra de Dios (DPD) y a los Monitores de las Escuelas Radiofónicas, entre otras tareas. Toda esta riqueza y potencialidad laical integró de una manera eficaz los contenidos teóricos-simbólicos del discurso religioso liberador; los principios y normas éticas cristianas, con la praxis de la religiosidad popular en las Comunidades Cristianas de Base abriendo nuevos espacios de esperanza activa.

En Choluteca fue creado el Centro de Formación de agentes de pastoral llamado: *La Colmena*, posteriormente se fueron abriendo centros semejantes en todas las diócesis del país. De esta manera, se estructuró una nueva realidad eclesial, una eclesiogénesis surgida y formada desde el pueblo.

Volviendo a El Salvador

En 1965, una experiencia fundante, para las siguientes décadas, para el desarrollo de la organización campesina en la región central del país, en los departamentos de San Salvador (Aguilares) y Chalatenango según los investigadores de la UCA, Alfonso Goitia y Ernesto Galdámez, fue la fundación de **la Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños (FECCAS)** y la **Unión de Trabajadores del Campo (UTC)**.⁵ En sus orígenes, participaron miembros de la Juventud Agraria Católica (JAC). La FECCAS surgió como una cooperativa de producción y comercialización de productos agrícolas, sus miembros se capacitaban para formar y dirigir sindicatos de trabajadores de la zona circundante de Aguilares, en los cuales ya vislumbraba las tendencias y dinámicas organizativas que seguirían las

⁵ Alfonso Goitia y Ernesto Galdámez, “El movimiento campesino en El Salvador: Evolución y lucha”, San Salvador, publicado en <<http://www.uca.edu.sv/revistarealidad/archivo/4e2da268729d3elmovimientocampesino.pdf>>, consultado el 30 de mayo de 2016.

organizaciones campesinas y, en general, todas las organizaciones populares de la década siguiente:

- a) La integración de las unidades campesinas pequeñas en organizaciones mayores y complejas que llamarían federaciones
- b) Hacer alianzas estratégicas con otras organizaciones populares
- c) Priorizar acciones reivindicativas
- d) Promover la libre sindicalización de los trabajadores del campo
- e) La exigencia de un programa para una reforma agraria y
- f) La mejora de los salarios.

Esta experiencia fue toda una escuela de cuadros de dirigentes sociales, cuyas características se fueron desarrollando y detallando en el transcurso de los años siguientes.

1966 es fecha de quiebre para el accionar de la Iglesia Católica salvadoreña, por la publicación y trascendencia de la carta pastoral número 37, de Monseñor Luis Chávez, “Responsabilidad del laico en el ordenamiento de lo temporal”, en la que se configura la aplicación a la realidad local de los lineamientos doctrinales y pastorales del Concilio Vaticano II, cuyo contenido subraya el deber de la Iglesia de denunciar las injusticias que padece el pueblo, así como la causa de la acumulación de la riqueza (generada por muchos) en pocas manos; consideraba que las estructuras políticas y económicas condicionaban las posibilidades de la plena realización humana de las mayorías y, por tanto, era urgente cambiarlas. A partir de esta iniciativa, se formaron los Cursillos de Capacitación Social, el Movimiento de Cooperativas del Arzobispado, el Secretariado Social, la Escuela de Doctrina Social de la Iglesia, etc., que junto a lo ya existente se aglutina y coordina desde la Junta Arquidiocesana de Acción Católica y Apostolado Seglar (JAAC), que convocaba a miles de cristianos católicos.

Fue en el área rural donde se hizo notorio el movimiento eclesial de Acción Social, especialmente a través de las **Escuelas Radiofónicas**, que llegaron a tener 10 mil alumnos campesinos y el **Movimiento de las Cooperativas de Ahorro y Crédito**. En esta época se creó la **Fundación Promotora de Cooperativas (FUNPROCOOP)**, que llegó a contar con más de 12 mil miembros.

En 1967 (el padre Ramón Vega de la ACUS) en la Universidad de El Salvador, creó el **Centro de Estudios y Promoción Popular (CESPROP)** con la finalidad de hacer estudios sobre la realidad social del país a la luz de

la Doctrina Social de la Iglesia y publicarlos, y promoción humana, dando asistencia técnica en zonas marginadas: salud, alfabetización y concientización a través de temas como reforma agraria, sindicalización, salario mínimo, etc.

En 1968 se llevó a cabo en la ciudad colombiana de Medellín, la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano (II CELAM), donde los obispos estudiaron y acordaron la aplicación de las líneas pastorales del Concilio Vaticano II en toda América Latina, poniendo especial atención a la indicación de que debía ser una “Iglesia pobre”, dada la preeminencia que tienen los pobres en el mensaje y la misión de Jesús manifestada en los Evangelios; además, porque la población latinoamericana es mayoritariamente pobre; de esta asamblea se propuso estructurar y organizar a la Iglesia en células eclesial más pequeñas, representada en las “Comunidades Eclesiales de Base” (CEBs).

En 1969, El Salvador tuvo una breve⁶ guerra con Honduras, de largas y profundas consecuencias que vinieron a agravar más la situación nacional, entre otras cosas, por el regreso de miles de salvadoreños⁷ expulsados de Honduras, aumentando la presión demográfica, la falta de oportunidades laborales y de tierras.

El Salvador en 1970 estaba dividido eclesialmente en una arquidiócesis: San Salvador, y cuatro diócesis: San Miguel, Santa Ana, San Vicente y Santiago de María, comprendidas por 200 parroquias, 219 sacerdotes diocesanos (58 en San Salvador), 218 religiosos (134 en San Salvador), había en el país relevantes experiencias pastorales organizadas desde la base de la religiosidad popular; o sea, desde los laicos, campesinos y colonos, como también, en los sectores universitarios.

Se desarrolló la trascendente **Primera Semana Nacional de Pastoral de Conjunto** que tuvo como objetivo principal el actualizar el marco teórico-doctrinal de la Iglesia salvadoreña, usando el método de la Iglesia Latinoamericana: Ver, Juzgar y Actuar.

Aunque en su momento no se tenían muy claras las mediaciones concretas, los objetivos inmediatos fueron: entender y promover la Misiones Dialógicas (círculos de reflexión bíblica-social) donde se derivaron, casi inmediatamente, las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs), los cursos

⁶ Llamada de las 100 horas.

⁷ Se calcula que 300 mil salvadoreños vivían ilegalmente en Honduras, a donde habían llegado con sus familias, años atrás.

bíblicos, la catequesis para adultos y las Celebraciones de la Palabra. Esta “revolución” pastoral tuvo un fuerte impacto en todo el territorio salvadoreño, donde la injusticia social exigía una expresión de la fe; y la fe cristiana exigía la justicia traducida en acciones concretas, empleando todo el personal disponible: órdenes religiosas y laicas, así como la estructura e infraestructura eclesial, especialmente la de San Salvador, como medios de comunicación social, estaciones radiofónicas, periódicos diocesanos (*Orientación*), revistas (*Estudios Centroamericanos* de los jesuitas de la UCA y *UNITAS*, del arzobispado), los boletines parroquiales (*Justicia y Paz*), y múltiples edificaciones, casas de oración, etc.

La Iglesia-Pueblo de Dios, asume la defensa de los derechos de la persona, y estar junto a los empobrecidos, los marginados como sus consecuencias, empero nos preguntamos: ¿fueron los pobres los que hicieron opción por la Iglesia? y por eso fue llamada “¡Iglesia de los pobres!, la que muy pronto se convertiría en Iglesia martirial.

En este dinámico torbellino socio-eclesial la jerarquía entró en profunda crisis y obligada a repensarlo todo, a evaluar sus formas de ser y quehacer como Iglesia y redefinir su pastoral en el contexto de esta realidad a la que lentamente se convertía; frenar los abusos del poder público, evitar las cómplices relaciones con la oligarquía y los funcionarios gubernamentales que le ofrecían privilegios; tener mayor conciencia de su misión en la consecución del bien común; formar y acompañar la conciencia crítica de los ciudadanos, convocando a congresos sobre la reforma agraria, apoyando proyectos productivos alternativos; muchos de estos agentes de pastoral laicos posteriormente fueron líderes de movimientos y agrupaciones sociales, enmarcado en la construcción del Reino de Dios.

Derivado de ella, el siguiente nivel fue la creación de Centros de Formación Pastoral, (con diversos nombres por región, como Centros de Capacitación Campesina), para ofrecer cursos de capacitación religiosa y social como herramientas eficaces para los agentes de pastoral en el análisis de la realidad (el cual se convierte en denuncia radical), a la filosofía y la teología de la liberación y la espiritualidad, etc. En la dinámica de estos centros se recobraron las necesidades y las experiencias pastorales de los agentes, donde se conceptualizaron, sistematizaron y socializaron, retroalimentan a las comunidades eclesiales.

Estos grupos de agentes de pastoral fueron dando respuestas a las necesidades concretas de sus pueblos, creando e incorporándose en un importan-

te número de laicos y religiosos⁸ a organismos sociales como las defensorías de derechos humanos, cooperativas de producción, comercialización, trueque y transporte, salud y educación popular, mejoramiento de viviendas, caminos, etc.

Los lugares donde se abrieron estos centros fueron:

- *Domus Marie*, en San Salvador. Itinerante entre las parroquias
- El Castaño, en la diócesis de San Miguel⁹
- Guadalupe, en la diócesis de San Miguel
- San Lucas, en la diócesis de San Miguel
- La Providencia, en la diócesis de Santa Ana
- Los Naranjos, Jiquilisco, Usulután, diócesis de Santiago de María
- Aguilares. Es de destacar el papel del sacerdote jesuita Rutilio Grande, colaborador de la UCA y párroco de Aguilares, asesinado junto a dos laicos, el 12 de marzo de 1977.
- Suchitoto. En 1968 el padre Inocencio Alas comenzó una pastoral con énfasis laical y social, a través de dinámicas de grupos e intercambio de experiencia, en el respeto y paciencia a los demás. De esta manera se fue creando una teología para la vida desde la vida y no una teología desde los libros y la doctrina. Se formó una red de Celebradores de la Palabra en toda la zona, y otras organizaciones populares campesinas, entre ellas El Frente de Acción Popular (FAPU).

Dada la estrategia militarista de la Fuerza Armada de El Salvador, “tierra arrasada” fueron destruidos todos, o casi todos, los materiales de los archivos sobre las actividades y administración de los centros de formación pastoral y de las parroquias, quedando muy poco, lo que ha servido a ir re-

⁸ Según Roberto Ramos Márquez, laico que estudió en el Centro de Capacitación Campesina “Los Naranjos”, Jiquilisco, el número de agentes formados en estos lugares llegó superar los 10 mil. Entrevista el 18 de septiembre de 2015 en San Salvador.

⁹ Fundado por el Obispo de San Miguel, Monseñor Graziano, apoyado por un grupo de sacerdotes, religiosos, laicas y laicos de la diócesis de Cleverant, Ohio, Estados Unidos. Cfr. Coto, Flores, Luis Alonso Coto Flores, “El Laicado y la cuestión social en América Central (1970-1992)”, tesis doctoral, Universidad Católica de Lovaina, Francia, Archivo Arquidiocesano de San Salvador, El Salvador, tomo 1, 2005, p. 194, y Carlos Luis Villacorta, “La experiencia comunitaria de ‘El Castaño’ ”, *Revista ECA*, vol. XXV, núm. 262, julio, 1970, pp. 395-397.

armando su organización. Quedan sin embargo los archivos vivos de agentes que narran en una tradición oral invaluable, la experiencia de esos importantísimos centros de formación, que alimentaron a toda una generación de personas generosas, capaces y formadas en el servicio y entrega de sus vidas en pos del Reino de Dios historicado en sociedades más justas e igualitarias.

Una de las tareas de los laicos formados en los diferentes centros de pastoral fue la Celebración de la Palabra en las miles de comunidades rurales o semiurbanas, creando una extensa red en la geografía salvadoreña.

Más adelante, estos laicos participaron en planillas de candidatos a representantes de colonias, poblados y cantones, para finalmente llegar al nivel de la lucha política partidista, revolucionaria y/o guerrillera.

Las experiencias más conocidas de las Comunidades Eclesiales de Base, fue entre las más destacadas, la de la Arquidiócesis de San Salvador (no quiere decir que no hubieran en las demás diócesis, aunque con sus particularidades), pero en todas ellas, se encuentra su profunda fe en la Palabra de Dios, y su fuerza fundada en una espiritualidad de la liberación, las impulsaba a interpelar la realidad histórica y en ella tratar de construir el Reino de hermandad y justicia. De aquí surgieron nuevas vivencias en las significaciones litúrgicas, nuevos cantos que expresan su relación con Dios en su lucha. Es de reconocer el impulso dado, entre otros, por Guillermo Cuéllar con la creación de la Misa Popular salvadoreña; así mismo oraciones y momentos de celebración, de una Iglesia no centrada en sí misma, sino identificándose como el Pueblo de Dios (LG 13), ahí donde el laico, como cristiano consciente y adulto cuestiona y exige ser consecuente con la misión de toda la Iglesia, a no quedarse atrás, ni ser vanguardia, sino a la par: todos juntos.

Las acciones de las Comunidades toparon con que debían resolver problemas concretos de la vida cotidiana, por lo tanto fundaron cooperativas, movimientos campesinos, de colonos, agrupaciones de defensa de derechos humanos, etc., algunas de las parroquias que comenzaron esta experiencia fueron en la Unión y Chirilagua, así como en la periferia de San Salvador: Zacamil, Santa Lucía, Ilopango, Soyapango, Quezaltepeque, Apopa, Aguilares, Suchitoto,¹⁰ etc.

¹⁰ Acompañadas por sacerdotes como Pedro Leclercq, Rogelio Poncele, y los asesinados en años posteriores: Ernesto Barrera, Octavio Ortiz, religiosas como Ita Ford, Maura

Debido a que la Conferencia Episcopal salvadoreña no concretó el Instituto de Estudios Pastorales recomendado por las “Conclusiones de la Semana Nacional de planeación pastoral” de 1970, un grupo de más o menos 40 sacerdotes organizó una instancia (llamada posteriormente “La Nacional”), que se reunía cada mes para intercambiar experiencias pastorales, y el estudio de los documentos eclesiales de la realidad nacional y el planteamiento y solución de problemas comunes para la realización de acciones concretas, y de forma paralela con la capacitación pastoral de los equipos parroquiales. Este grupo tuvo mucha influencia en las acciones pastorales en la década de los setenta, aunque desprestigiada y condenada por la mayoría de los obispos y muchos sacerdotes. Después de 1980, se dividió entre la Coordinadora de la Iglesia Popular (CONIP), y la Comunidades Eclesiales de Base de El Salvador (CEBES).

El logro más importante en las Comunidades Eclesiales de Base fue aprender a vivir la fe de una manera emancipadora, emergiendo de la trágica pasividad religiosa tradicionalista y asumirse como sujetos de su propia historia, con el derecho y la obligación de construir una sociedad más justa y solidaria, como historificación del Reino de Dios.

De los cambios ocurridos en el ámbito religioso, los miembros de la estructura pastoral se trasladaron “inercialmente” a un cambio político; líderes religiosos laicos en medio de muchas tensiones se convierten en organizadores y dirigentes sociales, sin suponer el abandono de una por la otra. En su momento, la mayoría de los miembros de las Organizaciones Políticas Populares eran cristianos católicos concientizados, porque consideraron que el compromiso de fe que aceptaron del *Jesús histórico* no se agotó en el ámbito religioso, sino que debía trascender al compromiso social organizado, como dice la Carta de Santiago, “La fe sin obras está muerta”.¹¹

Porque fe y política pueden ir unidas en el cristiano pero no identificarse; pero no puede ir separada la fe de las actividades de la vida diaria, como tampoco la tarea de la fe de determinadas tareas socio-políticas, porque es la fe la que inspira la acción política, sin confundirse con ella, ni confundiéndolas. Es la fe la que impulsa a encarnarse en la realidad socio-política

Clarke, Dorothy Kazel y Jean Donovan, laicos como Marianella García, y un largo y penoso, etc.

¹¹ Santiago 2, 14-17.

tan desigual. De aquí que los cristianos debían tener cuidado y claridad de lo que podían pedir, esperar y exigir a la Iglesia como institución, como también de aquello que no le podían pedir, ni esperar porque no se los podía dar.¹²

En la medida que creció la organización y lucha popular, lo hizo también la represión gubernamental (y viceversa), apoyada en asesoramiento y financiamiento por el gobierno de los Estados Unidos, subrayando especialmente al sector eclesial (no siendo el único) que ejercía la pastoral de acompañamiento. Muchos cristianos consideraron ya insuficientes los cursos impartidos en los Centros de Capacitación Campesina, dadas las interrogantes derivadas de la realidad social: ¿Cómo mantenerse cristiano en las condiciones tan injustas, en medio de la barbarie de la violencia militar?, ¿cómo continuar pasivo ante tanto sufrimiento?, ¿habría que poner la otra mejilla o habría que luchar contra el tirano?, ¿por qué tanto odio a la fe?, ¿por qué tanto rencor a los cristianos organizados?, ¿de dónde obtener fuerzas para seguir viviendo y luchando?

Los asesinatos de muchos de ellos y sus familiares los empujaron hacia posiciones más radicales, revolucionarias y su “incorporación”¹³ a diferentes tareas en las organizaciones políticas-populares y político-militares.

En esta línea, en enero de 1976 se llevó a cabo la Primera Semana Arquidiocesana de Pastoral, con el tema: “La evangelización y la acción por la justicia a partir del pobre”, como eje regulador para fortalecer la formación de agentes de pastoral¹⁴ y de comunidades cristianas, la revisión de estructuras eclesiales y la creación de organismos operativos.

En 1977 llega al arzobispado de San Salvador, Monseñor Oscar Arnulfo Romero, simultáneamente el gobierno salvadoreño intensificó la represión, asesinar a agentes de pastoral,¹⁵ comete toda clase de atropellos contra la dignidad humana; por esto el arzobispado crea el departamento de Socorro Jurídico Cristiano, luego llamado Tutela legal, que acumuló 50 mil denun-

¹² Oscar Arnulfo Romero, “Tercera carta pastoral” y Arturo Rivera, “Primera carta pastoral”, *La Iglesia y las organizaciones políticas populares*, Archivo Histórico de la Arquidiócesis de San Salvador, San Salvador, agosto, 1978, pp. 31-32.

¹³ Era la expresión para indicar su militancia en alguna organización político-militar.

¹⁴ Luis Chávez, “Carta Pastoral. Acerca de la celebración de la Primera Semana Arquidiocesana de Pastoral”, Archivo del Arzobispado de San Salvador, San Salvador, 30 de noviembre de 1975, p. 8.

¹⁵ En marzo fue asesinado el padre Rutilio Grande con dos de sus colaboradores.

cias de violación de los derechos humanos hasta su reciente desaparición en 2013.

En 1978 la jerarquía se encontraba en un *kairos*, en un momento dramático y difícil para tomar decisiones y evaluar desde los principios intrínsecos de la misma fe y de una profunda fuerza espiritual del pueblo de Dios. Monseñor Romero y Monseñor Rivera decidieron defender las organizaciones populares como expresión de una Iglesia que opta por la víctima, conformada por la mayoría del pueblo salvadoreño. Se publica el 6 de agosto de 1978 la Carta Pastoral “La Iglesia y las Organizaciones Políticas Populares”.¹⁶

Las Organizaciones Políticas Populares fueron parte muy importante (aunque autónomas) en todo el proceso de organización y renovación pastoral de la Iglesia, “especialmente en las clases populares... que han de tener una participación receptiva y activa, creadora y decisiva, en la construcción de una sociedad”,¹⁷ como la creación ya mencionada del PDC, cooperativas de producción y comercialización, ligas campesinas, organizaciones políticas,¹⁸ etc. El gobierno y la oligarquía siempre relacionaron en sus ataques a la Iglesia con estas Organizaciones Populares, acusándolas de comunistas, marxistas y terroristas.

Algunos sacerdotes, (por ejemplo, Rogelio Poncele y Miguel Ventura en Morazán), religiosas y miles de laicos (celebradores de la Palabra, catequis-

¹⁶ Una muestra de la división, conflictividad y contradicciones del episcopado salvadoreño fue la publicación por un lado de la “Carta Pastoral sobre La Iglesia y las organizaciones políticas populares” el 6 de agosto de 1978, y por otra parte, de la “Declaración: Las organizaciones populares”, publicado el 24 de agosto del mismo año, por los obispos Pedro A. Aparicio (San Vicente), Benjamín Barrera (Santa Ana), José E. Álvarez (San Miguel), Marco R. Revelo (Auxiliar de San Salvador) y el Padre Fredy Delgado (secretario de la Conferencia). Aunque solo fue firmado por el presidente y el secretario de la Conferencia del Episcopado Salvadoreño, descalificando y desvirtuando a las Organizaciones Políticas Populares, acusándolas de terroristas y comunistas. Las organizaciones políticas populares, FECCAS-UTC, emitieron en respuesta a esta última la declaración: “A los cristianos de El Salvador y de Centro América”, en donde explican sus orígenes cristianos y su independencia organizativa de la Iglesia Católica. Cf. *ECA*, El Salvador, 1978, vol. 33, núm. 359, septiembre, pp. 776-778.

¹⁷ Medellín, 1, 7.

¹⁸ Bloque Popular Revolucionario (BPR), Frente de Acción Popular Unificada (FAPU), Ligas Populares 28 de Febrero (LP28), etc.

tas, cantores, educadoras, auxiliares sanitarios, etc.), armados solamente de su fe en Jesucristo liberador se implicaron en la línea de “Pastoral de Acompañamiento”, como servidores religiosos de amplios sectores del pueblo que quedó en territorio “liberado” por el FMLN en algunos departamentos o colonias de las ciudades, participando de algún modo en las actividades de tales Organizaciones Políticas Militares, corriendo la misma suerte que el resto de sus compañeros no cristianos o no creyentes.

Esta Iglesia participó de manera amplia, intensa, profunda y compleja al interior del histórico proceso revolucionario salvadoreño, que entre muchas otras cosas significó andar con cientos de personas en las guindas (huidas por las montañas) perseguidas y bombardeadas por el ejército; enfrentando por años, conflictos de complejidad ministerial, doctrinal y fidelidad; abandonadas del acompañamiento religioso formal y a la vez, guardando distancia e independencia de las cúpulas partidistas-militares del FMLN.

Esta fue la línea pastoral más importante de la llamada pastoral de la Iglesia de los Pobres, asumida, entendida y encarnada por Monseñor Romero, con su lema arzobispal: *sentir con la Iglesia*, para quien:

Constatar estas realidades y dejarnos impactar por ellas, lejos de apartarnos de nuestra fe, nos ha remitido al mundo de los pobres como a nuestro verdadero lugar, nos ha movido como a un primer paso fundamental a encarnarnos en el mundo de los pobres.¹⁹

Iglesia que sufrió el martirio de miles de laicas y laicos, decenas de religiosas y 19 sacerdotes, el mismo arzobispo Oscar A. Romero, el obispo castrense Roberto Joaquín Ramos, decenas de masacres humanas; centenas de pueblos y cantones saqueados y destruidos, junto con sus animales y cosechas. Pueblo-Iglesia que sufrió la destrucción de inmuebles e infraestructura: templos, —como el de la parroquia de Tecoluca, del sacerdote David Rodríguez en la diócesis de san Vicente, que fue completamente destrozada—, curatos, casas de religiosas, centros de formación religiosa, imprentas, oficinas y aparatos de radio como de la YSAX (de la arquidiócesis, destruida varias veces), y la radio de la UCA, etc.

¹⁹ Oscar Arnulfo Romero, “Discurso al recibir el *Doctorado Honoris causa* de la Universidad de Lovaina, Bélgica”, el 2 de febrero de 1980, un mes y medio antes de ser asesinado.

Afortunadamente, hay mucha (nunca suficiente) bibliografía testimonial y documentales que han descubierto al mundo (cada vez más insensible) esta intensa y dura experiencia.²⁰

A partir de 1981, después del asesinato de Monseñor Romero, la Pastoral de la Iglesia de los Pobres empezó a ser desarticulada, ya sea por parte de las Fuerzas Armadas o por las mismas autoridades eclesíásticas ante las constantes amenazas a sus miembros. Los Centros de Capacitación Campesina dejaron de funcionar, muchas parroquias fueron abandonadas por la represión, persecución, el exilio o asesinato de los agentes de pastoral. Otras no resistieron y cambiaron el modelo, la organización y la estructura pastoral.²¹ Peor aún, hubo obispos que suspendieron de su ministerio a sacerdotes que simpatizaban o trabajaban en parroquias con base laical y comprometida socialmente.²²

Aún así, la pastoral de acompañamiento continuó los siguientes 10 años desde dentro de esas comunidades, como también desde las ciudades o del extranjero apoyando de muchas formas: alimentos, medicina, servicios médicos, información, educación, dinero, representación diplomática, etc., para su sobrevivencia; fue una pastoral itinerante, porque se llevó a cabo en los caminos, campamentos, bajo la lluvia, el sol o los árboles, en las montañas y las planicies. Dos principios básicos estuvieron presentes en estas comunidades: organización y desarrollo comunitarios.

Otro tipo de comunidades estaban localizadas en las ciudades; otras más se desplazaban de El Salvador al extranjero (Honduras (Mesa Grande), Nicaragua o Guatemala), y/o dentro del mismo El Salvador, como poblaciones y pobladores de Morazán, Chalatenango, Sonsonate, San Salvador, etc.

²⁰ María López Vigil, *Muerte y vida en Morazán. Testimonio de un sacerdote*, UCA Editores, San Salvador, 1987. Es el testimonio del padre Rogelio Poncele que ejerció pastoralmente al pueblo en el frente de batalla en Morazán durante muchos años.

²¹ Según el padre Coto, solo en la arquidiócesis de El Salvador, alrededor de 40% de las parroquias quedaron sin párroco y disminuyó el número de sacerdotes, religiosas y religiosos en un 35%. Cfr. Luis Alonso Coto Flores, "El Laicado y la cuestión social en América Central (1970-1992)", tesis doctoral, Universidad Católica de Lovaina, Francia, Archivo Arquidiocesano de San Salvador, El Salvador, tomo 1, 2005, p. 226.

²² El obispo de San Vicente suspendió a 10 sacerdotes. El Vaticano tuvo que intervenir para reintegrarlos meses o años después. *Ídem.*, p. 226.

Monseñor Rivera, el nuevo arzobispo, reorganizó la Vicaría de Pastoral (o Comisión Arquidiocesana de Pastoral) para dinamizar, coordinar y programar las distintas instancias de servicio (Pastorales) de la Arquidiócesis en su triple aspecto: pastoral masiva, CEBs y acompañamiento.

Hay innumerables testimonios de este “pueblo peregrino y perseguido”, la gran mayoría conformado por laicos y laicas que participaban en la pastoral popular, que vivieron lo contrario de lo que buscaban y construían con fe y alegría: el Reino de Dios, de Justicia y Paz, pues lo que encontraron fue un infierno de represión y muerte, experimentando situaciones de exilio, éxodo y clandestinidad; cuyos nombres y número de ellos, las rutas de fuga, los lugares y tiempos en que estuvieron, si bien han sido recopiladas en obras testimoniales, la mayoría ha quedado en el pasado (muy poca recuperada por la memoria histórica) y sin embargo, en ella está una fuerte esperanza de un futuro mejor.

En 1987 la función necesaria e importante que ejercía el Departamento de Comunidades Eclesiales de Base de la Arquidiócesis, ceso, al ser desaparecido.

La reflexión teológica derivada de esta experiencia pastoral

Ignacio Ellacuría²³ comprendía la estructura formal de la inteligencia (que había heredado de Xavier Zubiri²⁴), como “aprehender la realidad” y asumirla;²⁵ lo que significa, algo que parece muy sencillo: hacerse cargo de ella, de las personas, especialmente de las más necesitadas; de las instituciones, para hacerlas más justas; de los momentos, para hacerlos más humanos.

²³ Ignacio Ellacuría, filósofo y teólogo vasco-salvadoreño. Perteneció a la Compañía de Jesús, autor de numerosas obras y partícipe de la interna vida política de su país, murió asesinado junto con otros cinco compañeros jesuitas y dos laicas colaboradoras, el 16 de noviembre de 1989 en San Salvador.

²⁴ Xavier Zubiri, filósofo Vasco, es uno de los pensadores más originales del siglo pasado, ofreciendo una nueva manera de entender la inteligencia y la realidad, y por tanto, de la historia, fue maestro y amigo de Ellacuría.

²⁵ Ignacio Ellacuría, “Hacia una fundamentación filosófica del método teológico latinoamericano”, *ECA*, núms. 322-323, 1975, p. 419.

Porque la inteligencia y la fe “no se han dadas al ser humano para evadirse de sus compromisos reales, sino para cargar con lo que son y exigen realmente las cosas”.²⁶ Significa que no se puede intelegir adecuadamente la realidad sin cargar con ella, pues es en la realidad, donde se expresa la historia con máxima densidad.

Ellacuría resalta, ciertamente, la negatividad de la realidad, en la cual el carácter y función de la filosofía es por una parte, desideologizar y por otra, descubridora de la realidad encubierta por los poderes (políticos, económicos, académicos, culturales y religiosos) fácticos. Esta negatividad es específica y la han abordado a lo largo de los últimos años economistas, sociólogos, historiadores, etc., que han estudiado y hablado de muchas maneras y en todos los foros, de un inmenso mundo de pobreza y miseria, con toda la razón.

Sin embargo, para los cristianos de un minúsculo país como El Salvador, desde la sencilla y profunda fe cristiana de ese pueblo que enseñó a ser obispo a Monseñor Romero, ellos describieron su vida, su realidad, con el concepto de “Pueblo Crucificado”, y con esta misma fe, esta fuerza espiritual se convirtió en el aliciente, en el motor de búsqueda y lucha por la libertad a través de la liberación; por un cambio en el rumbo de la sociedad, “por revertir la historia”, y bajar de la cruz a este “Pueblo Crucificado”. La fe se convirtió en una tremenda fuerza de liberación que —Ellacuría mencionaba— existía en esas inmensas mayorías empobrecidas del pueblo salvadoreño.

La mayoría de población se encontraba inmersa en la muerte, y no de una muerte “natural”, sino de una muerte prematura e histórica; que no entiende ni acepta de forma análoga la crucifixión, sino como ¡la actualización de un asesinato!, de una dramática activa privación de la vida, lenta o rápidamente. De una, cien y miles de muertes, producto de la injusticia total, acompañada de crueldad y desprecio. Pueblos crucificados a los que se les negó la tierra, el techo, el trabajo, la palabra, el nombre, la existencia. Pueblos que no-son, porque el mundo de abundancia les impidió (y sigue impidiéndoles) llegar vivir con lo básico, lo suficiente, los suyo, a ser plenos.

El teólogo jesuita Ellacuría continúa forzándonos en el ejercicio de la reflexión, llevándonos a la premisa de que en el pueblo crucificado también hay positividad, empero, a ella nos resistimos y preguntamos: ¿Hay algo

²⁶ *Ídem.*

positivo en esta terrible experiencia socio-ecclesial?, ¿puede descubrirse algo positivo en esta realidad? Y llegamos a una conclusión que evade nuestra racionalidad cartesiana, pues solamente desde un muy difícil acto de fe se puede describir lo que aparece como lo contrario a los ojos de la historia latinoamericana. Que desde estos pueblos crucificados pueden aquellos pueblos y países centrales, explotadores, saqueadores y aturdidos en su confort, ver su verdad desfigurada; su deformidad humana que tratan de ocultar o disimular de mil maneras. Y también pueden darse cuenta a través de examinar sus heces culturales y civilizatorias, la verdad de su estado de salud o enfermedad.

Otro elemento salvífico liberador de estos pueblos es la “esperanza”. Los pueblos crucificados, a pesar de todo (¡y por esto mismo!), mantienen una esperanza activa para sí mismos y que ofrecen a los países centrales, “avejentados” en su cultura, vacíos de ilusiones, estériles en humanidad; ciegos a la fraternidad y solidaridad; y los invita a romper el dogma neoliberal de que los pueblos empobrecidos solo pueden recibir y no dar. Esta experiencia, de que la salvación se ofrezca desde abajo, no se suele reconocer en los foros económicos, ni las prestigiosas academias universitarias, ni en las democracias formales y canónicas.

El hacerse cargo de la realidad de pueblos crucificados, nos ha de impulsar a imaginar formas concretas, inteligentes y prácticas de “bajarlo de la cruz”.

Para esta experiencia religiosa latinoamericana y específicamente salvadoreña, el Reino de Dios, fue y es parte central, esencial, como forma de expresión del designio histórico-salvífico del Dios de Jesús, y la fuerte e imperiosa exigencia de justicia y esperanza a este pueblo. Pueblo creyente que no envió a Dios a un confuso “más allá”, sino que tuvo la colectiva: experiencia de Su cercano acompañamiento en su historia personal y colectiva: Él fue *el gran Compa*; y fue ahí, en esas “eternas décadas” y ese apretado territorio, donde se descubre el resplandor de la gloria de Dios, una gloria y un resplandor cuzcatleco, pues si bien ya San Irineo había dicho que “la gloria de Dios es que el hombre viva”, San Romero de América afirmaba, que “la gloria de Dios es ¡que el pobre viva!”.

La fe cristiana de estos pueblos hizo ver la realidad desde este resplandor peculiar. A esta actitud le llamaron los teólogos especialistas:²⁷ “espiri-

²⁷ Pedro Casaldaliga, Jon Sobrino, Ernesto Cardenal, Segundo Galilea, Oscar A. Romero, etc., que aprendieron a ser grandes teólogos de los pequeños y anónimos teólogos y teólogas, laicas y laicos salvadoreños, agentes de la pastoral de la Iglesia de los Pobres.

tualidad de la liberación”. La opción del Pueblo por la Iglesia llevó a un modo distinto de conocer y afrontar la realidad, así como una ruptura epistémica. La fe del pueblo cristiano llevó, por tanto, a una espiritualidad ubicada concretamente en y desde su lugar social, el lugar de los pobres, desde donde todos los elementos de la vida, la cultura, la política, la economía, la religión, pasan de la abstracción a una concreción y realización.²⁸

Ante una Iglesia que a veces se olvida de su pobre Maestro y de la misión primordial encomendada por Él: la construcción del Reino de Dios; la Iglesia-Pueblo de Dios retorna siempre y necesariamente a la primera predicación de los seguidores de Jesús, y como hemos apuntado, las comunidades salvadoreñas reflexionaron de muchas maneras y tiempos sus problemas reales como pueblo crucificado; sin embargo, desde su fe, lo más importante es la realidad de resurrección, de vida, de liberación, de alegría. A todos los retos: marginalidad, opresión, hambre, muerte, los enfrentaron con algo que está más allá de las teorías, conceptos y análisis, los enfrentaron con su firme fe en Jesucristo liberador, el Dios de los pobres, humano y sencillo, que invita “a todos al banquete de la creación”.

Finalmente, retomando a la reflexión ofrecida por Jon Sobrino, la resurrección de Jesús es presentada por los primeros cristianos a través del Evangelio como respuesta de Dios a la acción histórica, injusta y criminal de los seres humanos; Jesús fue condenado a muerte por las autoridades religiosas y civiles de su tiempo, unos lo acusan de blasfemo, otros de revoltoso.

No obstante, Jesús de Nazaret fue resucitado. Él, que anunció y trajo el Reino de Dios a los pobres, que curó y dio de comer, que consoló a los desesperanzados, que denunció y desenmascaró a los opresores; que fue perseguido, condenado a muerte y ejecutado injustamente. Ese Jesús fue una víctima de las estructuras sociales, pero, al resucitarlo, Su Padre hace justicia a la víctima, a una víctima, a esa víctima.

La resurrección no fue y no es solo revivir un cadáver, nos remite no solo a una muerte, sino a una cruz; nos remite no simplemente a muertos,²⁹

²⁸ Jon Sobrino, *Fuera de los pobres no hay salvación*, UCA Editores, San Salvador, 2009, p. 165.

²⁹ Porque miles de salvadoreños siguen siendo hoy simplemente catalogados como los muertos de la guerra civil. Esos muertos, y los miles y miles más de toda América Latina, no son solo eso, números y muertos, sino que son víctimas que siguen exigiendo justicia.

sino a víctimas, nos remite no solo a un poder (económico, político, religioso) sino a una justicia,³⁰ no solo al vacío, sino a la vida, de aquí que la fe cristiana signifique Justicia y Vida.

Esta es la fe que en cualquier rincón de la historia donde haya opresión, siempre los creyentes tendrán la fuerza suficiente para su liberación.

Conclusión

Dice José Martí:³¹ “Hay tiempos en los que la mejor manera de decir es hacer”, y en El Salvador, en este tiempo que hemos analizado, la mejor manera de decir “liberación” es hacerla. Pedro Casaldáliga menciona que “todos los latinoamericanos que viven con espíritu hacen de la praxis la verificación de sus ideales. Aquí, la ideología es militancia, la fidelidad a la creencia es ortopraxis y la fe es amor”.³²

Bibliografía

- Anderson, Thomas. *El Salvador, 1932: los sucesos políticos*, [Título original: El Salvador's Communist Revolt of 1932], Dirección de Publicaciones e Impresos, 2001 [1971], San Salvador.
- Chávez, Luis, “Carta Pastoral. Acerca de la celebración de la Primera Semana Arquidiocesana de Pastoral”, San Salvador, 30 de noviembre de 1975, Archivo Histórico Arquidiocesano de San Salvador.
- Coto, Flores, Luis Alonso, “El laicado y la cuestión social en América Central (1970-1992)”, tesis doctoral, Universidad Católica de Lovaina, Francia, Archivo Arquidiocesano de San Salvador, San Salvador, El Salvador, tomo 1, 2005.
- Ellacuría, Ignacio, “Hacia una fundamentación filosófica del método teológico latinoamericano”, *ECA*, núms. 322-323, 1975, San Salvador.
- FECCAS-UTC, “A los cristianos de El Salvador y de Centroamérica”, *ECA*, revista, El Salvador, vol. 33, núm. 359, septiembre, 1978.

³⁰ Jon Sobrino, *op.cit.*, p. 166.

³¹ Que seguramente lo retomo de Karl Marx, *Tesis sobre Feuerbach, 11va tesis*, 1845.

³² Casaldáliga, Pedro y Vigil, José Ma. *Espiritualidad de la liberación*, UCA Editores, San Salvador, 1993, p. 87.

- Goitia, Alfonso y Galdamez, Ernesto, “El movimiento campesino en El Salvador: Evolución y lucha”, San Salvador, revisado en <<http://www.uca.edu.sv/revistarealidad/archivo/4e2da268729d3elmovimientocampesino.pdf>>, consultado el 30 de mayo de 2016.
- Juan XXIII, *Radio mensaje de su Santidad, un mes antes de la apertura del Concilio Vaticano II*, el 11 de septiembre de 1962, *AAS* 54 (1962) 678; *Discorsi-Messaggi-Colloqui del Santo Padre Giovanni XXIII*, vol. IV. Cf. en <http://w2.vatican.va/content/john-xxiii/es/messages/pont_messages/1962/documents/hf_j-xxiii_mes_19620911_ecumenical-council.html>, consultado el 10 de junio de 2016.
- López, Vigil, María, *Muerte y vida en Morazán. Testimonio de un sacerdote*, UCA Editores, San Salvador, 1987.
- Mc Clintock, Michael, *The American Connection. State Terror and resistance in El Salvador and Guatemala*, Ed. Zed Books, 2 vol., Londres, 1985.
- Opazo Bernales, Andrés. *Panamá. La Iglesia y la lucha de los pobres*, Publicación del Departamento Ecueménico de Investigación (DEI), San José, Costa Rica, 1988.
- Romero, Oscar, “Tercera carta pastoral” y Rivera, Arturo, “Primera carta pastoral”, *La Iglesia y las organizaciones políticas populares*, San Salvador, agosto, 1978.
- Sobrino, Jon, *Fuera de los pobres no hay salvación*”, UCA Editores, San Salvador, 2009.
- Villacorta, Carlos Luis, “La experiencia comunitaria de El Castaño”, *Revista ECA*, vol. XXV, núm. 262, julio, 1970.